

STAR WARS
THE
MANDALORIAN
LA NOVELA

¡INCLUYE
FOTOGRAFÍAS!



Tras la caída del Imperio, y antes del surgimiento de la Primera Orden, un cazarrecompensas solitario conocido como el Mandaloriano viaja por el borde exterior de la galaxia. Cuando descubre que su nuevo objetivo es un bebé, el Mandaloriano decide proteger al Niño a toda costa.

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

—ESTA ES MI RECOMPENSA MEJOR valuada —
aseguró Greef Karga.

Desde su lado de la mesa, el mandaloriano le devolvió la mirada. Nunca quedaba claro si Karga decía la verdad completa. En su papel como agente local del Sindicato de Cazarrecompensas, esparcía verdades a medias, rumores y mentiras descaradas, de la misma forma que utilizaba los créditos imperiales y los pucks de recompensa: como herramientas para mantener un equilibrio incómodo y siempre cambiante entre los cazadores con los que trabajaba y los individuos sospechosos a los que servía. No era nada personal, solo negocios.

—Enséñame el puck —exigió Mando, refiriéndose al pequeño dispositivo holográfico que contenía información sobre la presa.

—Sin puck. Cara a cara. —Karga hizo una pausa—. Comisión directa. Es un pago considerable.

El mandaloriano no estaba sorprendido. A menudo, los trabajos más redituables llegaban con la menor cantidad de información, casi siempre para protección del cliente, que no quería que sus asuntos se volvieran públicos.

—¿Es ilegal?

—Lo único que sé es que no existe código de cadena —contestó el otro sin preocuparse por ocultar su impaciencia—. ¿Quieres el vale o no?

El mandaloriano lo tomó. En realidad, nunca lo había dudado. Incluso para un cazador experimentado como él, cuya reputación le precedía, las opciones eran pocas desde los mundos del Núcleo hasta el Borde Exterior. Luego de la caída del Imperio, la galaxia parecía haber perdido el rumbo. Había poca estabilidad económica o ley, y si la promesa de paz y prosperidad de la Nueva República llegara a consumarse, tardaría en arribar a un planeta lejano como Navarra. Ahora, en estas calles y en otras mil parecidas, los

contrabandistas y ladrones, los caciques y rufianes locales, conducían sus negocios entre las sombras y, a veces, a plena luz del día. Era cada vez más frecuente que la delincuencia floreciera, pero, para los cazarrecompensas, los criminales mismos valían cada vez menos.

Mientras avanzaba por los callejones en camino a conocer a su nuevo cliente, Mando pensó en el futuro inmediato: su nueva tarea y la siguiente, y la que vendría después. Incontables rostros y planetas olvidados, cuyos nombres se reducían a los créditos pagados y debidos. Esos objetivos formaban una cadena en sí misma, un interminable caudal de presas que se extendían hacia un futuro incierto. El sindicato esperaba que los cazadores trajeran sus presas sin hacer preguntas, y olvidarse de ellas con la mayor rapidez posible era parte de la profesión, lo cual, para el mandaloriano, era más que adecuado. Ya tenía muchas cosas que no podía olvidar.

El rugido de las explosiones, los rostros aterrorizados de sus padres, brillantes por el sudor, mientras corrían con él por las calles y todo su mundo se caía a pedazos detrás de ellos en la Gran Purga. Todo era aún vívido y estremecedor. Y más allá de todo eso, estaba el código.

En algún punto entre la oscuridad del pasado y la vaga confusión del futuro, la ruta misma seguía siendo clara. A donde quiera que fuera, las habilidades y fortaleza de los mandalorianos le proporcionaban una vía, un destino siempre eterno.

El camino así era.

CAPÍTULO



—GREEF KARGA DIJO que vendrías.

Mando se paró frente al cliente y dejó que el silencio los envolviera. Para ser una supuesta casa de seguridad, la habitación no se sentía así. Al entrar, lo rodearon cuatro stormtroopers, iban vestidos con sus armaduras polvosas y llenas de cicatrices de batalla, y con blásteres en la mano. Al igual que el Imperio al que sirvieron alguna vez, los troopers fueron despojados de su autoridad oficial, pero no de su aspecto amenazante. Ahora trabajaban, peleaban y mataban en nombre del mejor postor.

—¿Qué más dijo Karga? —preguntó Mando.

—Que eras el mejor en el pásec. —Su expresión no cambió. Era un hombre de unos setenta y tantos años, con cabello blanco y un acento que Mando no podía ubicar, pero su porte distinguido sugería una otrora vida como oficial imperial de alto rango—. También dijo que cobras mucho.

No era una pregunta y Mando no se molestó en responder. Se escuchó un tintineo amortiguado mientras observaba que el anciano desenvolvía la suave tela negra sobre la mesa frente a él, y revelaba una placa rectangular y plana de metal que yacía en medio de un forro rojo. A sus espaldas, notó cómo los troopers se inclinaban para ver el objeto de cerca. Ni siquiera ellos podían ocultar su interés en

un tesoro como este. El mandaloriano supo su nombre de inmediato.

—¿Beskar?

—Esto es apenas el pago inicial —apuntó el cliente—. El resto te estará esperando cuando entregues al activo.

—Vivo —añadió el hombre ansioso con anteojos que estaba parado al lado. El cliente lo había presentado como el Doctor Pershing, y la entrada agitada del sujeto hacía un momento casi provocó que Mando le disparara antes de que el cliente le pidiera que guardara su bláster.

—La evidencia de haberlo eliminado también es aceptable, pero por un pago menor —agregó el cliente, sin preocuparse por reconocer las objeciones titubeantes de Pershing—. Solo soy pragmático, la cacería de recompensas es un negocio incierto. —El anciano esperó para permitir que captara el significado de sus palabras—. El beskar merece regresar a un mandaloriano y es bueno restaurar el orden natural de las cosas después de un periodo de tal desorden. —Levantó la mirada—. ¿No lo crees?

* * *

Estuviera de acuerdo o no, el trabajo era suyo y el beskar también. El cliente le proporcionó el fob rastreador y la última ubicación conocida de su presa. La cacería le aguardaba, pero primero tenía que hacer una última parada.

Atravesó el umbral oculto y bajó por los escalones hacia la frescura y familiaridad de las sombras que le esperaban. La fundidora de la armera estaba en la base de un tramo de escaleras que bajaba a las profundidades, escondida de las miradas de los enemigos que habían llevado a su secta a ocultarse bajo la superficie. Era un lugar secreto cuya ubicación estaba cuidadosamente protegida. Aquí, entre la penumbra, el círculo constante de llamas azules ardía de manera resplandeciente, y el tintineo del martillo de la armera proporcionaba una especie de latido propio a la oscuridad.

La armera y él intercambiaron un movimiento de cabeza como saludo, y cuando Mando le entregó el beskar, ella no respondió de inmediato.

—Esto lo recolectaron en la Gran Purga, es bueno que haya regresado con la tribu —señaló. Luego, miró al mandaloriano—. Sería conveniente una hombrera. ¿Ya se reveló tu sello?

—No.

—Pronto. —Mientras la mujer fundía el beskar en el crisol y el metal derretido corría por una serie de depresiones hasta llenar el molde, su voz se volvió un poco más amable—. Esto es muy generoso, los sobrantes patrocinarán a muchos huérfanos.

—Eso es bueno —afirmó Mando—. Alguna vez yo lo fui.

—Lo sé —respondió la armera, y no hubo nada más que añadir a la conversación.

En poco tiempo, el mandaloriano ya estaba en camino.



EL RAZOR CREST ERA SU HOGAR.

Aunque otros podrían mirar la cañonera y ver un simple medio de transporte o escape, el mandaloriano sabía que el Crest era su refugio y protección, casi como una extensión de la armadura y casco que lo protegían. Mientras programaba la computadora de navegación con las coordenadas que le había dado el cliente, sintió cómo el rugido familiar del encendido de los propulsores tomaba más fuerza y atravesaba hasta lo más profundo de la estructura de la nave al momento de separarse del puerto espacial y, con una leve inclinación, salía volando al espacio.

En muchos sentidos, la persecución de su presa siempre era igual. Solo era cuestión de tiempo para que regresara a Nevarro con el botín a cuestas para obtener lo que se le debía, y todo el proceso comenzaría de nuevo.

Sin embargo, en esta ocasión se sentía diferente. Tal vez era por haber visto el beskar y sentir su peso en las manos, y por la predicción de la armera de que su sello se revelaría pronto.

La nave voló por un rato, trazando un arco por el espacio, hasta que un faro de proximidad empezó a pulsar en la consola frente a él. Sus sentidos se aguzaron cuando se inclinó para encender de nuevo el modo manual en la nave-

gación. Arvala-7 era el nombre de ese planeta, cuyo paisaje rocoso se extendía ante él con sus cimas áridas y escarpadas, mientras reducía la altitud y empezaba su descenso inicial.

El desierto se elevó poco a poco a su encuentro y luego lo hizo de manera repentina. El mandaloriano extendió el tren de aterrizaje y posó la nave sobre un cañón plano rodeado de colinas de color café rojizo, para luego bajar y caminar por la rampa de abordaje y explorar con la mirada el terreno, mientras el fob rastreador parpadeaba en su mano. Luego de pasar horas dentro de la nave, se sentía bien estar de pie sobre un terreno sólido, aunque la tierra misma se sintiera pantanosa y suave bajo sus botas.

Levantó el rifle para activar la mirilla y se tomó su tiempo para explorar el enorme paisaje abierto, siguiendo la línea del horizonte hasta que localizó un par de criaturas rechonchas de dos patas que deambulaban por la planicie. Esas cosas eran feas de manera casi absurda, con un lomo redondo, y cabezas planas y achatadas como peces primitivos, además de hocicos llenos de dientes que parecían capaces de triturar con facilidad cualquier cosa que atraparán. Sin duda, de cerca parecían peligrosas, aunque el mandaloriano estaba decidido a mantener su distancia. Por el momento solo veía un par de ellas. La tercera estaba parada justo frente a él.

* * *

La criatura lo atacó con un bramido iracundo. Mando gritó cuando el animal cerró la quijada alrededor de su brazo y lo elevó para luego lanzarlo al suelo. Cuando logró liberarse y dispararle con su lanzallamas, la bestia lanzó un chillido y lo soltó apenas el tiempo suficiente para que se diera cuenta de que solo había logrado enfurecerla. En unos instantes llegó otra criatura igual y con seguridad lo

habría rematado de no ser por el dardo tranquilizante que de pronto la hizo caer.

Levantó la vista y vio que otra de las criaturas se inclinaba con pesadez al frente. A diferencia del resto, esta llevaba un jinete, un uugnaught con visores y casco de piloto que no pareció sorprendido de encontrar a un mandaloriano tirado en el suelo con la pierna atrapada debajo de una de las bestias. Mando asintió hacia los dardos tranquilizantes clavados en la piel de las criaturas.

—Gracias.

El uugnaught lo observó un momento; su mirada era la de alguien que estaba acostumbrado a pasar sus días en soledad.

—Eres un cazarrecompensas.

—Sí.

—Yo soy Kuiil —afirmó—. Te ayudaré.

«No te pedí ayuda», pensó Mando, pero el uugnaught ya había asentido.

—No se hable más.



KUIIL LE INFORMÓ que las criaturas que lo habían atacado se llamaban blurrgs. Eran horribles y apestosas, pero si el mandaloriano quería viajar por Arvala-7, necesitaría no solo montar una de ellas, sino también aprender a hacerlo con cierto grado de dominio.

—Muchos han pasado por aquí —explicó Kuiil mientras estaban sentados en su campamento y discutían su viaje—. Buscan lo mismo que tú.

—¿Los ayudaste?

—Sí. —El ugnought sirvió agua en una taza y la levantó para ofrecérsela—. Murieron.

—Entonces, no sé si quiero tu ayuda.

Kuiil no se molestó en discutir.

Esa misma tarde, Kuiil llevó al cazarrecompensas a un potrero detrás de su recinto y observó pacientemente mientras su nuevo huésped montaba un blurr y este lo lanzaba una y otra vez. Se preguntó cuánto serviría la armadura del mandaloriano para protegerlo de los golpes; desde su punto de vista, el esfuerzo se veía brutal y no parecía estar mejorando en absoluto. Era el mismo blurr al que Kuiil le había disparado el dardo tranquilizante y tenía que admitir que la bestia parecía estar incluso de peor humor

que antes, decidida a cobrar venganza por los intentos del mandaloriano de quemarla con su lanzallamas.

«Tal vez no debiste estar tan presto a disparar tu arma», pensó Kuiil, pero decidió reservarse su opinión. De pie al otro lado de la cerca, no necesitaba ver el rostro del mandaloriano detrás del visor para saber que se exasperaba más cada vez que el blurrig lo tiraba. Estaba al límite de su paciencia.

—No tengo tiempo para esto —sentenció Mando—. ¿Tienes un landspeeder o una moto speeder que pueda rentarte?

Kuiil negó con la cabeza.

—¡Eres un mandaloriano! —exclamó—. ¡Tus ancestros montaban los grandes mitosaurios! Claro que puedes montar esta joven potranca.

El mandaloriano se levantó con dificultad y miró al otro lado del potrero, donde el blurrig lo observaba con sus siniestros ojos amarillos, preparándose para su siguiente encuentro. Kuiil, que conocía bien la expresión de la criatura, sintió como si pudiera leer sus pensamientos. «Te derrotaré», decía su mirada. «He derribado a hombres mucho mejores que tú, cazarrecompensas, y seguiré haciéndolo mucho después de que te hayas ido de aquí. A menos, por supuesto, que elijas morir ahora».

Kuiil esperó para ver qué haría el cazarrecompensas: ¿se daría por vencido y se iría? ¿O intentaría de nuevo subyugar al blurrig por la fuerza?

No obstante, el mandaloriano no hizo ninguna de las dos. Al principio, pareció no estar haciendo nada; Kuiil lo observó mientras daba tentativamente un paso hacia el animal, con los brazos a los costados y las manos apenas extendidas al frente en un ademán de paz, y luego avanzaba uno más.

—Tranquila —murmuró, y esta vez, en lugar de abalanzarse hacia el animal, se encaminó con lentitud, dándole tiempo para adaptarse a su presencia—. Todo está bien.

La criatura resopló y le gruñó; sin embargo, no lo atacó. Para cuando estuvo junto a ella, esta le permitió ponerle la mano sobre la coronilla.

—Muy bien —dijo Mando y se impulsó sobre su lomo. La bestia gruñó, pero no intentó desmontarlo, y para cuando salieron del potrero, el mandaloriano ya había empezado a mantener el equilibrio y se encaminaba al desierto.

* * *

Luego de salir del campamento, Mando y Kuiil cabalaron en fila india hacia las zonas altas, a lo largo de una serie de cumbres y estrechos desfiladeros intercalados con grietas tan profundas que era imposible ver el fondo. Los blurrgs saltaban sobre estas con una agilidad sorprendente, sin perder el paso ni una vez. Cuando llegaron a un terreno más plano, los dos jinetes avanzaron por extensas planicies de tierra caliente que parecían haberse fracturado al secarse bajo la implacable mirada del sol; lucían rotas, de un modo que nunca sanaría.

Al final, cuando llegaron a una meseta alta, Kuiil obligó a su montura a inclinarse y apuntó hacia abajo.

—Allí es donde encontrarás a tu presa.

Mientras paseaba la mirada por el conjunto de edificios más abajo, Mando buscó dentro del bolsillo lateral de su arnés y le ofreció una pequeña bolsa de créditos.

—Por favor —le dijo a Kuiil—. Te lo ganaste.

El ugnought sacudió la cabeza.

—Desde que ellos llegaron, el territorio se ha convertido en un interminable desfile de mercenarios que buscan recompensa y traen consigo la destrucción —afirmó—. Ya me cansé de eso.

Mando lo miró sin entender.

—Entonces, ¿por qué me guiaste?

—No pertenecen aquí —continuó—. Quienes viven aquí vienen a buscar la paz, y no habrá paz hasta que se vayan.

—¿Por qué me ayudaste?

Kuiil no respondió de inmediato. Los años de no tener a nadie con quien hablar le habían enseñado a meditar sus palabras y a eligirlas con cuidado.

—Nunca conocí a un mandaloriano —explicó—. Solo leí las historias y, si son ciertas, lograrás hacer tu trabajo con rapidez. Entonces recobramos la paz. —Jaló las riendas de su montura y levantó una mano en señal de haber terminado—. No se hable más.